

Flores en campos minados

Raúl Sanz García



Flores en campos minados

RAÚL SANZ GARCÍA

Flores en campos minados



Esta obra se publica en formato digital bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Raúl Sanz García

Autoedición 2013

raulsanzgarcia@yahoo.es

raulsanz.es

Nota introductoria

Los poemas de este libro fueron escritos entre los años 1.998 y 2.011. Son las creaciones esporádicas de mi primer impulso poético que tardíamente reúno en esta obra, cuyo título describe, de manera sintética y precisa, las ideas y los ambientes que lo vertebran.

Solitario al amanecer,
cuando todos atardecen,
recojo flores en campos minados,
y lo mismo que estallara el cuerpo,
estalla el alma de las primeras luces
que devoro en la cosecha.

Solitario al amanecer,
cuando ocultos los libros,
leo al sol escribiendo en la pradera
lo jamás escrito.

Amar deja, como la guerra,
devastaciones germinadas,
campos exuberantes,
soledades que crecen
salvajes e insólitas.

¿Quién querrá aventurarse ya
por esas baldías eras
salpicadas de hierro y muerte?
El abandono trabaja en silencio
como un portentoso humus.
Crecen allí las flores más inciertas
y nadie entrará a recogerlas.
Su salud está más allá de la vida;
sus colores, más allá de la visión;
sus aromas, en lo infame.

Los caminos son franjas de esterilidad,
cicatrices en la extensión germinada.
El uso y el husmeo común de las pisadas,
la constancia
el miedo
es lo que los traza.

Como el dedo sobre ti
recorriendo desde el pecho
hasta cualquier extremo.
Todos los amantes
que han competido por tu cuerpo
han devastado con su uso tu piel.
Ya todos saben por dónde ir,
el planeta está recorrido,
la cartografía redundante
en el vacío.
No hay ya virginales esferas
y todo es peligro
de deposiciones ancestrales,
de caminantes muertos
cuya huella está descompuesta
y no fertiliza más los campos.

El mundo es la totalidad de los cuerpos.
El cuerpo es la totalidad de los mundos.
El tiempo es la totalidad de las miradas.
La mirada es la totalidad del espacio.

Los campos de la poesía
son de árida exuberancia.
En ese destierro, bajo el sol absoluto,
caminamos los ciegos a la sombra
nítida del verbo.
Y de esa sombra opaca, trascendente,
surgen todas las imágenes
más allá del símbolo
más allá de la forma
más allá del color,
de las vestiduras y las máscaras.
Caminamos solitarios
por el sendero virginal
que se fecunda en los pasos.

Guardián

Si me preguntas cuál es mi oficio, te diré:
yo paseo.

Allá por lo sentido está mi cuidado,
lo rondó sigilosamente para no espantarlo,
me perfumo ausente como el lince
para admirar las caricias
las fragancias
las conquistas
las catástrofes
o las indiferencias.

Todo lo levito
como a flores que hay que guardar
no dichas entre la tierra acechante,
como si la palabra las marchitara,
como si el ser ante ellas
las despojara de ser.

La palabra no es la misma
con los ojos abiertos que cerrados.
Si abiertos, el aire los hiere
y apenas pueden permanecer fijos,
la luz es aliento del espasmo,
las siluetas son trazas escritas
en la cartografía del nervio.
Si cerrados, se basta la noche
para deambular por los pasillos,
el tacto erige las siluetas
y les pone los rostros que aprendió
en la vorágine del día.

La luz es olvido, escritura plena
que se esparce en desorden por todo lugar.
La oscuridad es la memoria,
el centro de uno mismo
mirando alrededor como un condenado
a la espalda de sus amantes.

¿Dónde está la mella de nuestros hierros?
¿Dónde su óxido tetánico?
Hoy las mellas están más allá del rompimiento.
Se mellan las almas virtuales,
se quiebra el mundo desde el espíritu,
se hace inservible sin haber llegado
a nuestras manos.
Y del mismo modo el sexo,
sin haber llegado a nuestros cuerpos,
se hace placer de los mismos,
mella del cuerpo,
hierro del alma.

Arjé

Si nada supiese
ni tuviese ciencia
ni las entrañas llenas de oraciones,
haría como el filósofo antiguo
que le otorgó al fuego la dignidad
de la esencia.

No existe la palabra en el verso
ni el verso en la palabra.

Ambos se dan afuera del otro.

El sol, afuera de la escritura,
es la escritura.

El rayo es la pluma;

el viento, la mano;

la lluvia, la tinta;

la tierra, el papel;

y el mar es el cuerpo

que vive exudando.

No escribo, me escriben.

Los caminos tatúan a la espalda

y los espejos invierten y repiten.

Hachazos en el tiempo.
A un lado, la madrugada y el destierro.
Al otro, una montaña rusa,
el vómito y los cuerpos abrasados.
En el medio, sin sangre,
la zanja como un cañón sin fondo,
sonrisa desfigurada que se alimenta
del olvido y la pereza.

En el espacio que no saben ver
quienes sólo ven lo macizo,
allí crecéis,
flores del destierro,
flores del vaho,
del tiempo absoluto
que enlaza los mundos.

Al abrigo mayor padezco más frío.
Bajo la piel del animal cazado
sudo antárticas pasiones,
inmensidades blancas que mis pasos
diminutos jamás abarcarán
ni con el jadeo de mil perros.
El fuego de este abrigo funde
el continente de todos los polos,
deshace el mundo y lo abandona
orbitante de ausentes gravedades.

Cuando deseas, una maza te atraviesa
un clavo de la mano que acaricia
como si fuera la de un cristo
al que clavan a una madera.
Y sangra la mano,
sangra la madera,
y si te arrancas,
queda la mano muerta.

... las ranuras de un velo roto
y el viento que lo aleja
y lo aplasta contra el rostro.
A veces, pesa más la seda
que el mármol tallado de un trono.

La caricia
es como una delación.
Apenas gris
o del color de los campos
tras la lluvia.
Apenas soplo
o rasguño en la sombra.
Apenas nada.
Los dedos dibujan
en el aire del cuerpo
la palabra ilimitada,
lo que sólo se puede decir
en el silencio.

Si aprendes a leerme,
te lo estoy diciendo todo.

Amar es una mina en lo profundo
que a veces se derrama y tapia galerías
ansiadas del metal más puro.

Se ha de andar y extender las manos
como si lloviese, jamás barrenar.
El metal caerá como una primavera.

Las despedidas son como ropa enterrada,
nadie habrá ya de vestirla,
tanto es su polvo y tantos sus jirones
que si lo hiciésemos, mendigaríamos.

Cuando hicimos laderas
ojos de fuente
de manar profundo
en la antigua luz sangrante
herida de otro mundo
herida de otros libros quemados
en la antigua luz calmante.
Cuando hicimos horizontes de ausencia
danza ritual de ser fantasmas
de brotarnos los frutos
entre la maleza del silencio.
Cuando habité tu casa
y fui bosque de tus hierbas mágicas
bebido a fuego lento
y abrasé tus entrañas
y tú comiste mis ojos.
Cuando fuimos umbrales
y cruzamos cuerpo a cuerpo
lamentos de viejos portales
heridas de otro tiempo
caudales de muros sedientos
entre flores que se deshacen.
Cuando fuimos rapaces
de pupilas certeras
y nos cazamos sin hambre
y nos bebimos la sangre.

...bailas mal.

Nosotros bailamos todos mal.

No se hacen los ballets de nuestras piruetas,
ni las películas de nuestras torpezas,
de nuestras palabras mal pronunciadas,
atragantadas y difusas.

Con la esperanza lobuna
de que salga la luna llena
en la sala de espera.
Así te espero.

Las lápidas son el olvido,
lugares en los que se deposita el recuerdo
para no llevarlo a cuevas.

¿Para qué queréis los huesos?
¡Dejadlos allá donde hayan caído!
Dejádselos a quien no los busque
como enseña macabra de ciudades perdidas.

Muchos hombres viven como poco más que su sombra,
como acémilas dolientes de párpados callosos.
Van y vienen y vienen y van y te sonríen
con dientes de vino en las tabernas.
Estamos entregados a ser esto, dice poco más o menos
su silencio; estamos vertidos en poseer lo fugaz,
en acariciar lo que ha de pudrirse, lo que va y viene
con olores de calle en las alcobas.

Se van sin decir nada y siempre se dejan algo,
un paraguas, un jersey, una bufanda...
Esas cosas se olvidan en el perchero
y quedan ahí para siempre,
sin que nadie sepa de dónde salieron
ni a dónde irán.
Sin que nadie las reclame.

Encontraron el gris abrigo de un suicida.
El abrigo cayó al suelo,
el hombre se evaporó en el aire.
Subió al cielo —dijeron los creyentes—.
Se consumió espontáneamente del espanto
—dijeron los científicos—.
Desconocemos la identidad del hombre,
no había documentos,
sólo un viejo libro de bolsillo:
Manual de Despiece.

Hay una vida de acumular papeles
caducar gestos
envolver almuerzos
con las noticias de la infancia
estampar firmas en el ceño
de un hambriento
llegar tarde el primer día
de ser esclavo en la oficina
mirar al cielo como alucinado
de que aún exista
aguantar el tedio
sobre un caballo alado
de plástico y destellos
calentar la sopa en el fuego
que entre las piernas
de camareras viejas
congela el hambre
de manos analfabetas
emborronadas por la tinta
de romperse la pluma
de escribir la vida
de dormir sin soñar que se sueña
alucinado, impávido,
inerte, gastado, envuelto
como una momia
por el papeleo del universo.

Padecemos la enfermedad contraria a todo mal:
el exceso de vida.

Nos sana otro veneno distinto del que mata,
nos sana la poesía

Sois hombres limpios y aún tiernos, si os es preciso;
hombres autosuficientes cauterizados de un golpe
de azada,
fenicios moradores de los Santos Lugares.
Yo os he visto en la playa larga,
en el recto panal no creado,
bajo el abrazo de sibilas de humedad calculada.
Me diréis que todo el trono vuestro
es sentido bajo los párpados cuando estos caen,
que firme el pavimento os ha soportado
y por eso es precioso el mundo,
apetecible desde cualquier atalaya,
comestible desde cualquier sinfín de hambres.
Pero yo os he tirado la vitrina
al dejarme crecer la inmanencia.
No soy limpio, no soy tierno;
soy cobarde y roto.
Duermo en la estancia de allá
en la que el *tic-tac* suena tras el muro
y toda la noche se apelmaza en espasmos súbitos,
la estancia espesa donde gime el oxígeno
y la luz lucha por un hueco
entre las pequeñas virutas de la nada.

Haber olvidado el nombre propio es algo insignificante.
Si te preguntan de entre los muchos de las calles
puedes decir cualquier cosa, y ese será tu nombre.

Cualquiercosa

Y quienes se conocen ya no necesitan un nombre.
Y quienes se aman nunca tienen nombre,
se saben sin haberse pensado.

Si algún día se acuerdan de vosotros,
hombres de mi época, dirán:

*pasearon mucho y sufrieron pocas cárceles,
se alimentaron bien y tuvieron salarios
casi todo el tiempo.*

Pero ¿qué sabrán de vuestro sufrimiento
esos que sólo escuchan lamentos?

Falsos poetas son
quienes sólo les cantan a las guerras.
Mirad, transeúntes, vuestro silencio,
el hambre callada y los barrotes ciegos.
Aunque os quieran fútiles,
sois también épicos.

Nacemos en la escasez.
En las plazas, las fuentes manan sin descanso,
sin puño que las ate ni sol que las desangre;
derrochan la sed de todos
y la diluyen en lagunas estancas
entre murallas de voces apresadas.
Mil puertas cierran los vanos de los hogares
como laberintos concentrados
que no sabemos penetrar.
Nos perdemos por galerías que arrasan
el espectro de nuestros ojos.
Los pasos, malgastados, ya no saben de caminos,
se paran aquí o allá, en la gula de la deposición.
Las flores, los timones que pueblan nuestras mesas,
las sábanas del despertar, las palabras diseccionadas
en el paladar de nuestros exvotos... Todo,
todo está fabricado del negro licor que hallamos
bajo los párpados de nuestro desierto.
Mas si abriésemos los ojos, que poco nos parecerían
todas las riquezas de las naciones
que en la escasez de su propio hacinarse
caen de lo alto con las alas ardiendo.

En la noche, cuando estoy hambriento,
miró escaparates luminosos
y a veces los acaricio con dedos grasos
y dejo allí mis huellas, cópula onírica
de semental quimérico.

Escalé a la cumbre más alta
y me senté a esperar el correo.
Este es un sitio privilegiado —pensé—
para recibir las cartas más bellas,
las que caen del cielo;
aquí se reciben antes
y su letra es más clara y sincera.

Desde entonces espero
y aún no he recibido nada.

Sé que abajo corren los carteros
por los caminos de tierra,
y sus sacas van tan llenas
que gotean los pueblos.
La gente se empacha del maná
de no haber ascendido a ninguna cima.

Yo, sin embargo, espero.
Mi paciencia es infinita
como infinitos son los cielos
e infinita la carta
que me están escribiendo.

Sé que has comido,
tienes migas sobre el pecho,
entre la lana del jersey.
Tus mejillas no son las del hambre
ni tus manos las del mendigo.
No sé quién te alimenta
pero es bastante.
Si quieres el fruto único de mis ramas
me querrás desde entonces yermo
e invernal,
me querrás caído sobre tu pecho
comiéndote los restos
del pan de otros.

Poeta es lo contrario al oficio.
Admiro tanto tus manos...
las cojo y las beso
aún ajadas de decir.
Tu caricia es como una herida.

No hablamos de nada concreto.
La concreción es una punción de los cuerpos
y una discontinuidad de las caricias.
Por eso los amantes se hablan así,
en gorjeos e irradiaciones,
en sedimentos continuos
del río que los fluye.

Estallan los soles
y la materia energética se desgarra
en un canto indiferente,
en la inercia letal de la ausencia.
Pero, ¿cuál es la inercia de las palabras?
El verbo exhalado gravita
en el entendimiento de afuera,
no es su geometría la elipse,
sino la parábola indecisa
que se bate agitada por el sexo.
Nos damos muerte con el gesto húmedo
de la justicia del tiempo,
el deseo nos avienta
y nos hace campo para el descanso
y para la guerra.

Si el mar fuera ingeniería
o arrebato de panales asfaltados
donde respiran su aire médico los enfermos,
donde a la sombra caen las playas verticales
y se les caen los malabares a las conchas
repicando ácidas cual monedas...
Qué mal sueño estaríamos navegando.

Si el mar fuera un juguete
de la matriz de nuestras lenguas,
o una pátina del dolor interno...
Así amándonos, qué mal nos amaríamos.

Estamos callados esperando noticias.
El cincel, mudo, ancla la puerta.
Tras la ventana, las piedras por el paisaje
corren silenciosas y rezan por el camino
para que no las sintamos
palpitar de deseo.

En la estepa sois innumerables,
ardéis en los caminos
hasta donde los ojos se sienten inútiles,
el hogar dibujado en lo invisible.
Pero los ojos se odian
e incluso en el bosque,
donde sois la familia,
se lanzan vigilantes a vuestra espalda
como si presintiesen que algo crece
en lo inalcanzable,
y ordenan a las manos que levanten espejos
para verse las cervicales.
El bosque de espejos
repitiéndose en direcciones infinitas
nos hace enloquecer, nos ciega
y nos delata
mirándonos la sombra
mientras el sol nos alumbra el misterio.

Si lo miramos nos ciega,
si le damos la espalda, nos quema
donde no alcanzamos.
Mas en la estepa yacéis
en el alivio de ser innumerables.

Sentado os escucho
y pienso:
que no pueda ser la palabra
esto por lo que nacimos,
el río de nuestros pechos
fluyendo vertical
hacia todos los mares.
Declamáis en hiatos
como si fuera el cuerpo extirpado
de la carne,
como si fuera el número
el fardo del ahorcado.
Habéis puesto malecones
entre vuestras aguas y las mías.
Pero creedme, aun así
alcanza el mensajero
a morir con su mensaje
fuera de la boca.

Por debajo de los pasos
están las energías nucleares de los pasos,
el retumbar sísmico que traza los caminos
como grietas sobre el horizonte.

Por debajo del descanso
están las mareas,
movimiento continuo
de lo mismo.

El viento

No puedo ofrecerte un hogar,
estoy siempre en lo de afuera.
Cuando tengas frío, ¿cómo podré
arroparte si soy yo la causa?
Cuando tengas hambre, ¿cómo podré
alimentarte si los vacíos
están hechos de mí?

No hay religión para la vida.
En la religión ejecutamos la simbiosis
con aquellos que queremos empujar
hacia la dicha, y estamos afuera,
soñando que las palabras nos caen
de un manzano eterno.
Pero aquí, entre el estiércol,
los manzanos crecen y mueren
y su sonrisa es el único alimento.

La venida cierta

A ella

la vemos siempre. Es como el caudal
que viene a nuestro encuentro, nos baña los pies
y nos ata con cauces a las fuentes.

Miramos las aves marchar
y ya sabemos de su vuelta.
No necesitan señalárnoslo,
ni un movimiento de cabeza.
Es perpetua tu sonrisa
es el mundo abierto
a que lo miremos. Ved
en ese vuelo todo aquello
que ellas ven.

Hay una tristeza
que es remanente del deseo
En ella, el alma se regocija
y siente a la madre susurrando: ya pasó.
Sabe que vendrán nuevos torrentes,
pero ha aprendido a nadar
con la fuerza del salmón.
Es el don de aquel que ha amado
contra la corriente.

Anduve sobre tus hombros
comí de tus pechos
bebí de tu boca.

El placer de vasto espasmo me hizo tu deudor
y aun así, no hallé la tierra entre tus pliegues.

Quedé como el descubridor incompleto
cayendo por el borde de una tierra plana,
entre los mares desperdiciados
por este absurdo de la física.

Pisé los aromas que ocultas,
no tuve cuidado, no quise tenerlo,
y mi cuerpo es ahora el relato mítico
del dios despedazado.

Estallé sobre una rosa de los vientos
hacia toda lejanía.

Ser una sola cosa,
habitar toda la vida en el mismo pueblo,
hablar siempre la misma lengua,
tomar el mismo alimento,
día tras día,
año tras año...

O ser efímero,
arrancado de la tierra,
probar la hiel y la ceniza,
abrasar los párpados
en un sol constantemente nuevo
y expirar en un gesto
imprevisto.

Índice de poemas

Solitario al amanecer.....	9
Amar deja, como la guerra.....	10
Los caminos son franjas de esterilidad.....	11
El mundo es la totalidad de los cuerpos.....	12
Los campos de la poesía.....	13
Guardián.....	14
La palabra no es la misma.....	15
¿Dónde está la mella de nuestros hierros?.....	16
Arjé.....	17
No existe la palabra en el verso.....	18
Hachazos en el tiempo.....	19
Al abrigo mayor padezco más frío.....	20
Cuando deseas, una maza te atraviesa.....	21
las ranuras de un velo roto	22
La caricia	23
Amar es una mina en lo profundo	24
Las despedidas son como ropa enterrada	25
Cuando hicimos laderas	26
bailas mal	27
Con la esperanza lobuna	28
Las lápidas son el olvido	29
¿Para qué queréis los huesos?	30
Muchos hombres viven	31
Se van sin decir nada	32

Encontraron el gris abrigo.....	33
Sois hombres limpios.....	34
Hay una vida de acumular papeles.....	35
Padecemos la enfermedad.....	36
Haber olvidado el nombre propio.....	37
Si algún día se acuerdan de vosotros.....	38
Nacemos en la escasez.....	39
En la noche, cuando estoy hambriento.....	40
Escalé a la cumbre más alta.....	41
Sé que has comido.....	42
Poeta es lo contrario al oficio.....	43
No hablamos de nada concreto.....	44
Estallan los soles.....	45
Si el mar fuera.....	46
Estamos callados, esperando noticias.....	47
En la estepa sois innumerables.....	48
Sentado, os escucho.....	49
Por debajo de los pasos.....	50
El viento.....	51
No hay religión para la vida.....	52
La venida cierta.....	53
Hay una tristeza.....	54
Anduve sobre tus hombros.....	55
Ser una sola cosa.....	56

